

Así es que no había dejado á nadie poner manos á la obra, y había querido ocuparse él mismo personalmente de su arreglo, sin aceptar el concurso de ningún otro obrero mas que el de nuestro amigo Jacquemin.

Mientras estaban trabajando los dos, se encerraban en el cuarto, y no dejaban entrar en él á nadie.

Había una cosa que parecía preocuparles mas particularmente: era la colocacion del grande espejo; durante muchos dias tuvieron diferentes conferencias respecto á eso.

En fin, una mañana llegó Clemente radiante y contentísimo, y le dijo á Luis:

— Ya he encontrado el *secreto* del espejo.

Durante aquel dia no volvió á vérselos mas; solo se oía el ruido de sus martillos y limas, y al dia siguiente apareció ya colocado el espejo, y se permitió á todo el mundo la entrada en el cuarto del baron.

A decir verdad, aquel espejo no tenía nada de maravilloso, ni raro, nada que justificase la necesidad de haber hecho tan largos y misteriosos esfuerzos. Era si un espejo muy grande, muy ancho, muy claro, y encajado en un marco de madera negra maravillosamente cincelado al aire, y estaba colgado á la pared, como otro cualquier espejo, por encima de la mesa.

Así fué que los otros tapiceros-adornistas, algo picados y envidiosos por la preferencia y predominancia que se había dado á Clemente sobre ellos, no pudieron contener sus burlas al ver que le había sido menester emplear tres dias para una obra que habrían podido hacer ellos en algunas horas.

Clemente, haciéndose el desentendido, los dejó hablar, y aparentó no haber oído sus burlas.

Al cabo de quince dias, el palacio restaurado en sus adornos, brillante y deslumbrador por su lujo, no esperaba ya mas sino á su nueva dueña.

Los lacayos ocupaban las antecámaras, vestidos con sus grandes libreas, y en los cuartos y salones, aunque vacíos todavía, se empezaba á respirar cierto aire de vida.

Los palafreneros lavaban los carruajes en el patio, los caballos hacían resonar sus cascos en el pavimento de encina de sus cuadras, y los jardineros, con sus palas y rastrillos en mano, se ocupaban en arrancar las yerbecillas de las calles del jardín.

Habiendo sido vendido el palacio de Puysaie, y debiendo hacerse la entrega de él al nuevo propietario dentro de un breve plazo, se había decidido que el conde pasaria á ocupar toda el ala derecha del palacio de Monte-Cristo, á donde le acompañaria también Lillas, porque ¿cómo se la había de separar de su papá Loredano y de su mamita Cipriana, para volver á mandarla al convento? Eso no era posible.

El conde hacia mil proyectos, y el baron formaba planes de felicidad doméstica. De seguro, el corazón de este lobocervál se había conmovido: hablaba de su amor en un tono que hubiese parecido enternecimiento, si no hiciese recordar el episodio cómico de maese Fox, retirado á una ermita para vivir allí solo con leche y raíces.

En una palabra, todo el mundo parecia dichoso, ó aparentaba serlo.

Todo el mundo, ¡ay! excepto Cipriana, que, á pesar de su ciega confianza en los *amigos desconocidos*, no veía acercarse el dia fatal sin angustias de muerte.

Excepto también el coronel, que cada dia, cada semana, y de hora en hora, se volvía mas socarrón, y se ponía mas sombrío.

La repulsion de Lillas por él, á pesar de su bello rostro, pero siniestra fisonomía, no había hecho sino aumentarse mas.

Todas las tentativas y esfuerzos que había hecho para conquistar el afecto de la niña, habían sido inútiles, y parecia que se volvían contra él los medios que empleaba con aquel objeto.

De dia en dia le causaba mas miedo, y todos aquellos personajes de los cuentos encantados, tales como Barba-Azul, el Ogro y Traga-niños, se los representaba en su imaginación infantil bajo el mismo aspecto que el coronel Fritz.

Hay gentes á quienes el dolor purifica, y otras en quienes engendra la acritud del corazón, que se cambia en rencor, en odio ó ira.

El coronel aborrecía con toda la fuerza de su alma á cuantos le rodeaban, y que, al manifestar su gozo y alegría, parecia como que se mofaban de los dolores ocultos que él sufría.

Aborrecía á Loredano, á Cipriana, á Matifay, á todo el mundo, y perdóneme Dios, pero creo que llegaba hasta á aborrecer á su propia hija.

XIII

UN RESPLANDOR, UN RAYO DE LUZ Y UNA SOMBRA.

Nos equivocábamos al decir que dos de nuestros personajes eran los únicos que arrojaban algunas nubes de tristeza en el horizonte de dicha, de esperanza, de proyectos de amor y de fortuna que brillaba hacia quince dias en el palacio de Puysaie.

Había otro tercer personaje, y, ciertamente, el no menos simpático de los de esta historia, que padecía horriblemente.

Ya habría adivinado, sin duda, el lector, que nos referimos á M. José de la Cruz.

La venta del palacio de Puysaie á madama Lamouroux y el arriendo del de la condesa de Monte-Cristo, le habían puesto en relaciones directas y seguidas con Loredano.

Así es que ahora podía entrar y salir á todas horas en la casa de la calle de Varennes.

El conde no había podido menos de quedar prendado de aquella fisonomía noble y varonil, y amaba ya á M. José, á quien no conocía sino de unos veinte dias, como se ama á un amigo á quien se conoce hace veinte años.

El coronel Fritz, en los primeros dias, había tenido algunos sentimientos de envidia contra aquel recién venido. Rastreaba cierta hostilidad secreta bajo aquellas apariencias de dignidad fria y de fina política que el bello extranjero usaba siempre con él; y aun había llegado á dar cuenta de sus sospechas á M. Gigant.

Pero este, que sabía el papel que representaba en los planes de Aurelia, había detenido al coronel desde sus primeras palabras diciéndole:

— Hé ahí un sugeto con quien es preciso no meterse, porque nos servirá á su tiempo.

M. Gigant había vuelto á recobrar toda su antigua influencia sobre Fritz, al que no se dignaba dar explicaciones, y este, sin exigirselas, le obedecía ciegamente.

Obedecía porque estaba persuadido que era imposible emprender ninguna lucha; pero con la firme resolución de hacer saltar todo en los últimos momentos, si llegaba á percibirse que se burlaban de él.

Y así como hemos visto, había dado parte de esta resolución clara y formal al hombre de negocios, y creía que este debía conocerle lo bastante para echar en olvido y despreciar semejante advertencia.

Así, poniendo contra mal viento buena cara, se manifestó tan obsequioso y fino respecto á M. José, como este se conservó siempre con él frio y desdeñoso.

No se pasaba una noche sin que M. de la Cruz dejase de venir al palacio de Puysaie.

Era un medio de ver á Cipriana, ¡ay! y aunque no fuesen sino algunos minutos de dicha, esto era todo lo que le quedaba.

La condesa de Monte-Cristo le había prometido proteger y salvar á Cipriana; pero ¿por qué medios? esto era lo que él ignoraba.

Seguramente tenía una confianza ilimitada, una fé ciega y profunda en las promesas de aquella querida y valerosa Elena; le había visto ya hacer muchos milagros; pero tocaba demasiado cerca á sus propios intereses para dejar de tener miedo, y bien á menudo se decía:

— Esto es demasiado difícil: no podrá conseguirlo.

Pero sabía también, al mismo tiempo, que una de las condiciones indispensables para el éxito feliz del plan secreto de la condesa, era la confianza y la completa obediencia de Cipriana respecto á los *desconocidos protectores*: de modo que cuando se hallaba en su presencia, disimulaba sus dudas, y cada una de sus miradas parecia decirle:

— Todo se ha salvado. ¡Animo!

Y ¡ay! en aquellos mismos momentos, él se decía á sí mismo:

— Todo está perdido.

Y mientras tanto, los dias y las semanas se pasaban, y se acercaba el término fatal: dentro de quince dias, dentro de ocho, dentro de cuatro, mañana la encantadora Cipriana pondria la corona simbólica de flores de azahar en su frente, y colocaria su mano en la de un hombre que no seria José.

Y prometeria con juramento el amar á aquel hombre, el

obedecerle y el mirarle y considerarle como su dueño y esposo.

A esta idea, el corazón de M. José latía de tal manera, que parecia querer salir del pecho; pero era preciso sonreírse, y se sonreía, y al ver aquella generosa sonrisa, Cipriana cobraba ánimos, y se robustecía su esperanza.

Las obras de restauracion del palacio de Monte-Cristo se hallaban enteramente terminadas, y una tarde, al salir de la Bolsa, el baron vino á anunciar esta dichosa noticia á Cipriana.

La alegría hacia brillar sus ojos pardos: aquel palacio en el que había arrojado muchas centenas de mil francos, era su declaracion amorosa.

Los hombres de negocios son todos iguales. Pagando mucho y todo caro, es como ellos se figuran probar que aman.

Y sobre este punto, Matifay queria dar pruebas irrecusables de que amaba lo menos por un millon, á Cipriana.

Manera de seducir á una Julieta que no habría inventado el mismo Romeo.

Sin embargo, el baron se manifestaba tan feliz de que se hubiese presentado una ocasion de hacer ver los afectuosos sentimientos de su cartera, que hubiera sido un cargo de conciencia el haberle privado de esta satisfaccion.

Así fué que Cipriana consintió en ir, en el mismo coche de su novio de sesenta años, y acompañada de su padre, á visitar la mágica habitacion que no tardaria en ser la suya propia.

Recorrió todo el palacio, aparentando el prestar su atención á las explicaciones del baron, que con la mas cuidadosa satisfaccion hacia notar el coste de cada cosa.

De buena gana, y á la manera de alguno de los héroes de nuestro querido maestro y amigo Champion, habría tocado con sus manos y dado golpecitos sobre el seno de las Vénus, para hacer notar que eran de verdadero bronce, y «máximo.»

Después bajaron al jardín.

Empezaba á oscurecer.

Apoderándose de Cipriana una tristeza repentina, dejó á su padre en compañía del baron hablando sobre algunos arreglos interiores que habría que modificar, y se dirigió hacia el invernáculo.

Allí á lo menos no se había cambiado nada.

Las flores exóticas ofrecían siempre á la vista sus odoríferas guirnaldas suspendidas ó sostenidas por los lindos aparatos de hierro trabajado, ó por ricas alambreras: y el agua continuaba cayendo en la concha de mármol blanco, con su murmullo melancólico y monótono.

Cipriana se sentó en un banco, en aquel mismo en que por primera vez, por la única vez en su vida, había hablado con M. José. — ¡Ay! ¡cuánto tiempo había trascurrido desde aquel dia, y cuán lejano le parecia aquel tiempo, bien cercano, sin embargo!

¿Qué se habían dicho entonces?... Su memoria no le recordaba ya las palabras, pero sentía resonar el eco de ellas en su corazón como un tañido de muerte.

Aquel dia fué cuando oyó de la boca misma de M. José

la revelacion del peligro que la amenazaba, así como la mas triste aun del obstáculo misterioso é insuperable que debia tenerla siempre separada de él.

¡Ah! si no hubiesen sido tan sinceras aquellas aprensiones, Cipriana, con la obstinacion de las almas jóvenes que se agarran á la esperanza de la felicidad, habria querido dudar.

Pero no; nada se hallaba cambiado en aquel invernáculo en donde ella habia entrado la primera vez con fuertes latidos de su corazon, y del que habia salido con tanta turbacion.

Este sitio seria su rinconcito preferido, privilegiado, su sitio de refugio á donde se retiraria en adelante en sus horas de soledad y de tristeza á pensar en la felicidad entrevista por un momento y perdida en el mismo momento.

La oscuridad iba creciendo por instantes, y la claridad oblicua de la luna, pasando por entre los cristales del invernáculo, dibujaban en negro sobre la fina arena del pavimento, variadas y caprichosas formas de encajes y figuras formadas por el follaje de los árboles.

Hubiérase dicho que se habia cubierto el suelo con una inmensa alfombra de encaje.

De repente apareció una luz detrás de una espesura de nopales, luz vaga, confusa, casi imperceptible, como la de una lámpara cuyo resplandor se distinguiese allá á lo lejos, alumbrando en un cuarto muy distante.

¿Quién podia venir por allí á aquellas horas, en un palacio que no estaba todavía habitado?

Algunos ladrones, atraídos tal vez por el cebo del rico botín que encontrarían.

Esta idea era la mas simple y natural que podia ocurrirse, y sin embargo á Cipriana no se le ocurrió, ni por un momento.

Y en su imaginacion, la aparicion de esta luz vino á unirse con la idea de los *amigos desconocidos*.

¿De dónde venia aquella luz?

Si ella hubiese dado la vuelta á los nopales, pronto lo habria sabido; pero no se movió y permaneció sentada en su banco.

Cuando el corazon sufre, se hace supersticioso con mucha facilidad; le parecia que su indiscrecion le haria incurrir en la cólera de los *amigos desconocidos*.

Era la fábula de Psiquis, al revés: la esposa prudente apagando la lámpara para no desobedecer al esposo misterioso.

Entretanto, la luz fué haciéndose cada vez mas viva, se fué concentrando, apareció como una estrella, y se dirigió hácia el sitio en que Cipriana estaba.

A medida que se iba acercando, Cipriana pudo distinguir por entre el follaje dos formas oscuras, de las cuales una de ellas llevaba una linterna en la mano.

Una forma de mujer cuidadosamente envuelta en un gran capuchon negro, y una forma de hombre.

El hombre era M. José.

La mujer, al pasar cerca de Cipriana, hasta el punto de rozar con su vestido, separó el velo de su rostro.

Era la condesa de Monte-Cristo.

Los dos hablaban en voz baja.

M. José decia:

— Gracias, Elena; ¡oh! ahora que conozco vuestro plan, estoy tranquilo; de seguro está salvada.

Y con una fé ciega y una indecible alegría, Cipriana se repitió á sí misma:

— ¡Estoy salvada!

La luz se apagó, la sombra desapareció, y en el jardin se oyó la voz del conde que gritaba:

— Cipriana, Cipriana, ¿en dónde estais?

XIV

LAS BODAS.

Aquella noche tuvo Cipriana los sueños mas tranquilos, en los que vió aparecérsese un enjambre de genios alados que representaban la esperanza.

Veia brillar á lo lejos, muy lejos, como un astro, la luz del invernáculo, y oía murmurar á sus oídos el eco de aquellas voces queridas que le decian:

— ¡Está salvada! ¡está salvada!

Ni al otro dia, ni á los siguientes, M. José se presentó en el palacio de Puysaie.

Esta ausencia, que en cualquier otro momento habria causado inquietud á Cipriana y la habria entristecido, le pareció, al contrario, de muy buen agüero, tan grande es la propension del alma á transformar en realidades positivas así las ilusiones del deseo como las del temor.

Aquella ausencia de M. José que, unos dias antes, la habria causado una gran desesperacion, era para ella, hoy dia, el áncora principal de su esperanza.

— Él está trabajando para mí, se decia.

Ya conocia por experiencia la manera de obrar de los amigos desconocidos, y estaba esperando á cada momento un acontecimiento imprevisto que viniese á trastornarlo todo, como habia sucedido con la repentina é inopinada huida de su madre.

La entrada ó la salida de cualquiera, la proposicion de dar un paseo, una arruga ó fruncimiento del rostro de su padre, algunos momentos de tardanza en la venida de Matifay á hacerle su visita diaria acostumbrada, todo esto y otros mil incidentes sin valor ni importancia le hacian latir el corazon con violencia, y entonces se decia:

— En fin, ya llegó...

Pero ¡ay! no llegaba nunca, y todas las noches la pobre niña se decia:

— Vamos, será mañana.

Engañosa y vana esperanza. El dia siguiente se pasaba como el anterior, y agarrándose á su fé como el náufrago á

una tabla, bien que esta fé iba debilitándose y haciéndose cada dia mas vacilante, repetia:

— ¡Mañana!... ¡Mañana!...

Así transcurrió la última semana... el último dia... la última noche...

Aquella noche Cipriana no durmió y lloró mucho y bien hubiera querido que esa noche hubiese durado eternamente, y con aquella melancólica sensacion que se experimenta al ver caer el crepúsculo, con el mismo sentimiento de tristeza vió ella despuntar los primeros albores de la mañana.

Pero luchando contra aquella tristeza y agarrándose á la pequeña tabla de esperanza que aun le quedaba, se dijo interiormente:

— Será esta mañana.

Cuando ya se encontró en el carruaje que la conducia al sacrificio, se dijo:

— Será en la sala de la alcaldía.

¡Oh! ¡qué lindo es el cuento de Barba-Azul! Qué cierto y qué parecido el grito que dan todos los corazones asidos á la esperanza, á aquella pregunta tantas veces repetida:

— Hermana Ana, hermana mia, ¿no ves venir á nadie?

En el cuento, la hermana Ana ve por fin venir corriendo á escape algunos caballeros, en medio de una nube de polvo, pero menos dichosa que ella, Cipriana no vió nada.

No vió mas que al alcalde con su ancha banda tricolor; despues la iglesia adornada con colgaduras blancas y con sus altos cirios encendidos en el claro-oscuro de la nave.

Los órganos hacian resonar sus sonidos mas melodiosos; los artistas de la Opera cantaban trozos escogidos y apropiados á la circunstancia, y las beatas decian que en su vida habian visto un casamiento mas hermoso.

— Hermana Ana, hermana mia, ¿no descubres nada?

¡Ah! ¿qué importaba ya á estas horas? aunque hubiesen venido los caballeros corriendo á todo escape y con los sables desenvainados en las manos, cubiertos de sudor y espuma, ya llegarían demasiado tarde.

La pobre hermana de la hermana Ana estaba muerta.

Sí, muerta; muerta para toda alegría, para toda esperanza, muerta para todo amor.

Porque, en fin, M. José la habia engañado. Y solo para arrancarle su consentimiento por sorpresa era para lo que los *amigos desconocidos* la habian estado entreteniéndole con la idea de una salvacion imposible. En definitiva, ¿qué habian hecho para obtener esa salvacion? Nada.

Si á lo menos M. José hubiese ensayado alguna tentativa, aunque hubiese sido infructuosa, ella le habria bendecido.

Pero nada, absolutamente nada. Ni aun se habia dejado ver en el momento de la lucha.

Y es que aquel dia la pobre jóven se hallaba muy turbada para que pudiese ver nada de lo que á su alrededor pasaba.

Pues de otro modo habria podido ver á un gallardo jóven oculto detrás de un pilar, tan pálido y tan desesperado como ella misma.

No, M. José no habia huido ante la lucha y el dolor. Allí

estaba mirando de frente al enemigo, ofreciendo su corazon al sufrimiento, como el soldado presenta su pecho á las balas.

Aquel casamiento fatal era necesario, indispensable, y él lo dejaba hacer, y animosamente, pero con la mayor ansiedad, esperaba el resultado de la terrible partida de juego en la que la condesa de Monte-Cristo era su compañera.

¿Ganaria él esta partida? Así lo esperaba.

Pero también podria perderla, y perdiéndola seria á Cipriana la que perderia para siempre.

A Cipriana, que lo acusaria de traicion y lo despreciaria por sus engañosas promesas.

Pero M. José tenia un espíritu animoso y un corazon de bronce, y sin embargo, ¡sufria tanto!... Gruesas gotas de sudor caian de sus sienes y corrian como lágrimas á lo largo de sus mejillas.

De seguro, á aquella angustia que le devoraba las entrañas, habria preferido mil veces la terrible agonía que habia padecido en otro tiempo en la tumba inexorable de los subterráneos de Rancogne.

Cuando cesaron de oirse las últimas notas de los cantores y que el órgano entonó la marcha de la salida de la boda, haciendo resonar sus armoniosos y alegres acordes bajo las elevadas bóvedas de la iglesia, la muchedumbre de curiosos se precipitó hácia la puerta para ver pasar á la recién casada.

Pero él no se meneó, y se quedó arrimado contra el pilar.

Y como Cipriana decia:

— ¡Todo se acabó ya!...

De este modo se quedó solo y á la vista, y si Cipriana no lo vió, otra persona lo vió, que fué el coronel Fritz.

Pálido, desenchajado, con los labios descoloridos como si hubiese pasado por ellos una esponja empapada en vinagre mezclado con hiel, el vizconde M. José de la Cruz estaba tan diferente de sí mismo, que el coronel, sorprendido de verle de ese modo, se quedó mirándole.

Estuvo vacilando si iria ó no á acercarse á él, pero, viniéndole otra idea, se fué á ocultar á su vez detrás de un grupo de curiosos y comadres, y no perdió de vista un momento á M. José.

Cuando Cipriana, con los ojos bajos, descolorida como una muerta, dió su brazo á Matifay, que rebosaba de orgullo y alegría, los ojos del vizconde se iluminaron con una llama semejante al resplandor de un relámpago, y en la inflamada mirada que dirigió al grupo de los recién casados, el coronel descubrió á la vez todo su amor por Cipriana y todo su odio á Matifay.

— ¡Oh! tenia razon M. Gigant al decirme que no habia que meterse con este hombre. Es un mocito de provecho. O yo me equivoco mucho, ó es esa mano la que asirá el puñal destinado á Matifay.

Mientras tanto los esposos, seguidos de su acompañamiento, habian llegado al pórtico de la iglesia, al pié de cuyas escaleras se iban arrimando, uno tras de otro, los elegantes carruajes blasonados para conducir al palacio á los recién casados y á sus convidados.